

Cautz de totz far, e de caritat frez,
Rix en raubar, et en donar mendicx.

El monje de Montaudon, cuyo nombre se ignora, entrando en el terreno de las costumbres, se mofa de las mujeres que se pintaban el rostro, ideando ingeniosísimo pleito entre estas y los muros y bóvedas de los templos, que se quejan á Dios de la injuria y despojo que les hacen, apoderándose de la pintura que en otro tiempo los decoraban. Ogier de San Donato, con igual vena, si bien no con tanto chiste, se burla de los que prefieren las viejas á las jóvenes, manifestando que eran insufribles las primeras, por tenerse faz, cuello y pecho de blanco y rojo, dándose cierta manera de barniz, con que al par estiraban las arrugas. Siguiendo otros las mismas huellas, descargaban por último el azote de la sátira sobre la soltura de las costumbres de los mismos juglares y trovadores, ridiculizando al par la vana ambición de gloria y el valor exagerado, y echando en cara á sus enemigos la deslealtad ó la cobardía.

Sin duda, al desempeñar así este ministerio, cumplía la sátira con la necesidad que le daba vida, encaminándose á la reforma de las costumbres, y revelando su corrupcion de una manera eficaz y sorprendente; pero cuando, olvidados del todo los trovadores del ídolo convencional de su amor, insultan grosera y torpemente al bello sexo, acusándole, como lo hace Rambaldo de Orange, de fácil, carnal y liviano, y negándole toda clase de consideraciones; cuando ofendidos de la incontinencia del clero, le insultan y maltratan, prodigándole los epítetos de *falso*, *mentiroso* y *perjuro*, acusándole de *simoníaco* ó *hipócrita*, y llegando hasta negarle el poder espiritual—, justo es confesar que la sátira habia roto sus diques naturales, poniéndose en contradicción con las leyes que servían de fundamento al espíritu de la caballería.

Desprecio tal de todo lo más respetable y sagrado de la tierra, insinuado en la poesía de los trovadores desde la época de Guillermo de Poitiers ¹, movía, pues, la pluma del ya citado Pedro

¹ Al bosquejar la vida del primero de los trovadores, escribía Fauriel, después de contar su desdichada expedición á la Tierra Santa y su vuelta á Aquitania: «Apenas llegado, se dedicó á componer un poema..., que no po-

Cardenal para lanzar contra el clero repetidos *sirventesios*, en que á vueltas de algunas inculpaciones, tal vez merecidas, declaraba que todo lo ponía en juego para lograr sus torpes fines, ya concediendo á unos el paraíso con sus indulgencias, ya enviando á otros al infierno con sus anatemas. Para Cardenal no habia buitre que olfateara de tan lejos la carne muerta como conocian á un hombre rico las gentes de Iglesia, obligándole en el momento supremo á despojar á sus parientes de sus propios bienes con ilegítimas donaciones. Á la impureza de las costumbres que llevaba á los sacerdotes desde los lugares más inmundos al pié del altar, unian el crimen de usurpadores, habiéndose apoderado del gobierno de las naciones con mengua y desdoro de los príncipes y reyes. No contento con apurar en semejante forma el dialecto del ódio, dirigia sus tiros contra la corte romana, exclamando en cierta especie de poema, que lleva el título de *Gesta*:

Lo papa veg falhir,
Car vol ric enriquesir;
E'ls paubres no vol veyre;
Lo aver vol recullhir,
E fay se gent servir;
En draps daurats vol seyre
E á'ls bos mercadiers
Que dona per deniers
Avesquatz e maynada,
Tramet nos ranatiers,
Quitans am lors letriers
Que dono perdo per blada
Que pau pojezada.
Los cardenals ondratz
Estan apparelhatz

»seemos, sobre las aventuras y el éxito de su empresa. No era en verdad el asunto cosa de broma: Guillermo habia perdido millares de súbditos, lo más escogido de sus vasallos é inmensas riquezas. La Aquitania entera estaba sumida en duelo profundo; pero Guillermo no poseía la facultad de considerar los acontecimientos humanos bajo su aspecto trágico. Á juzgar del referido poema por el testimonio de los contemporáneos que hablan de él, era una pintura burlesca del asunto, una bufonada indecente, mas sin duda original y alegre, pues que no faltó gente á quien excitó la risa» (*Hist. de la poes. provenç.*, tomo I, cap. XIV).

Tota la nuog e'l dia
 Per tost far un mercat:
 Si voletz avescat,
 O voletz abadia:
 Si lor datz gran aver,
 Els vos faran aver
 Capel vermelh e crossa;
 Am fort pauc de saber,
 A tort o a dever
 Vos auretz renda grossa,
 May que pauc dar no y noza ¹.

Perdido una vez el respeto, cundió rápidamente el contagio de la impiedad, siendo Roma objeto especial de las más ágras increpaciones. Guillermo Figueira se distinguía entre otros muchos por una terrible sátira en que rogaba á Dios que aniquilara con sus rayos la cabeza del mundo católico. Comienza de este modo:

Mas saynts Esperitz
 Que recenp carn humana,
 Entenda mos precx,
 E franha tos becx,
 Roma, e no m'en precx,
 Quar yest falsa e trefana
 Vas nos e vas grecx, etc. ²

No juzgamos oportuno seguir copiando. Del clero secular pasaban los trovadores al regular, censurandó sus vicios con la misma agrura y encarnizamiento. Raimundo de Castelnau, motejando áspera, bien que agudamente las costumbres monacales, decia:

Si monge nier vol Dieus que sian sal
 Per pro manjar ni per femnas tenir,
 Ni monge blanc per boulas a mentir,
 Ni per erguelh Temple ni Espital,
 Ni canonge per prestar á renieu,

¹ *Gesta de fra Peire Cardenal*, estr. II.^a y III. Raynouard recogió casi todas las poesías satíricas de este célebre trovador en el tomo I de su *Lexique Roman*, pág. 437 y siguientes. En el tomo IV de su *Choix des Poesies originales des troubadours* puso otras quince sátiras, que se comprenden desde el número XXXV á XLIX ambos inclusive (págs. 337 y siguientes).

² Raynouard, *Choix*, tomo IV, pág. 310.

Ben tenc per folh sanh Peir e sanh Andrieu
 Que sofriró per Dieu aital turmen,
 Si aquest s'en van aissi a salvamen ¹.

Y no solamente eran denostados y escarnecidos en tal manera la Iglesia y sus ministros, sino que arrebatados en aquel torrente de impiedad, trataban los trovadores la religion con repugnante irreverencia, haciendo intervenir á Dios en sus burlas, y profanando con groseros chistes los libros sagrados y con ellos los más sublimes misterios del cristianismo ². ¡Cosa extraña!... Los poetas provenzales, que habian corrido en gran número á rescatar el santo sepulcro, no solamente llegan á maldecir las cruzadas, cuando reciben en las lides algun descalabro; no solamente se desatan en improperios contra el clero, que habia predicado aquellas guerras santas, sino que mueven su lengua sacrílega contra el mismo Dios, porque no les daba siempre la victoria; deseando que los cristianos se tornasen infieles, pues que Dios favorecia á los mahometanos, y celebrando los desastres de aquellos y el triunfo del Ante-Cristo ³, á quien prometen rendir culto, si les otorga el amor de sus damas ⁴. Pero lo que más sorprende y descubre la flaqueza y descarrio de estos cantores descreidos, es el hallar en medio de semejante cúmulo de inmoralidad un fondo de supersticion no menos vergonzosa y reprehensible: los poetas que en tal forma contradicen la autoridad de la Iglesia, atreviéndose á profanar el nombre de Dios, mandan decir misas para reconquistar el perdido amor de sus damas, quemando cirios, y encendiendo lámparas con este propósito.—Oigamos entre otros á

¹ Raynouard, *Choix*, tomo IV, pág. 383.

² Pedro de Corbian afirma, por ejemplo, que todos los cristianos saben y creen lo que el ángel dijo á la Virgen, cuando recibió por el oído á Dios, á quien parió doncella (Millot, tomo III, pág. 233); el ya citado Pedro Cardenal declara tambien que en el dia del juicio probará á Dios, si se condena, que «comete una gran sinrazon en perder lo que puede ganar y en no llenar el paraíso de toda la gente que pueda,» mientras ruega á la Virgen que interceda con su hijo, para que él no se vea en aquel trance (Id., pág. 268).

³ Millot, art., *Austau d'Orlhac*, tomo II, pág. 430.

⁴ Id. id., art. *Granet*, pág. 135.

Arnaldo Daniel, á quien llama Petrarca *gran maestro d'amor* en sus *Triumphos*:

Mill messas naug en perferí
En art lum de cer e d'olí,
Che Dieus me don bon afert.

No necesitamos pasar adelante.—Resumamos: la sátira llevada hasta la mordacidad, el epigrama penetrando con saña en el hogar doméstico y ensangrentándose en todo lo más noble y más santo de la tierra; la duda vertiendo su ponzoña sobre la moral y sobre la religion; el sarcasmo derramando amarga hiel sobre la pura fé de las creencias..... hé aquí los más relevantes caracteres de la poesía de los trovadores desde el momento en que comienza á dar frutos, hasta fines del siglo XIII, en que termina virtualmente su precoz existencia ¹.

Ahora bien: ¿cuál es el carácter de la poesía castellana desde sus primeros albores?... ¿En qué fuentes se inspira?... Ya lo hemos indicado, al reconocer sus orígenes y fijar sus principios constitutivos. La poesía castellana tiene por fundamento la fé política y la fé religiosa, porque la guerra y la religion fueron las primeras fuentes de sus inspiraciones y de su entusiasmo. Ni los poetas eruditos ni los cantores del vulgo, animados de un solo pensamiento é impulsados por la única idea del heroísmo, comprendieron siquiera en el suelo español la existencia de la duda; y hubieran considerado como abominable desacato, como verdadero sacrilegio el usar del sarcasmo ó de la sátira respecto de objetos santos, logrando únicamente universal odio y menosprecio los que con manifiesta prevaricacion hubieran osado emplear el chiste del epigrama sobre cosas que merecian veneracion profunda. Así en el largo período transcurrido desde que se escriben los primeros

¹ Largos años despues de trazar estas líneas incluimos la tésis siguiente entre las designadas para el doctorado en Filosofia y Letras. *La sátira en la poesia provenzal.—Representacion de la misma respecto de los sentimientos políticos y religiosos.—Su relacion con las costumbres.—Diversos géneros de sátira cultivada por los trovadores.* Eligióla y tratóla de una manera digna el profesor de retórica del Instituto de Barcelona don José Coll y Vehi (1861), caracterizando perfectamente este género de poesia, quizá el más importante, bajo el aspecto trascendental, de cuantos cultivan los trovadores.

poemas castellanos hasta fines del siglo XIII; período sobre el cual versa exclusivamente la comparacion que vamos estableciendo, para destruir la idea de esa paternidad forzada, no ofrece la poesía castellana ningun egemplo de irreverencia ni de incredulidad, siendo la religion el númen tutelar de nuestros poetas, como lo era de los guerreros en mitad de los combates.

Ni aun cuando llega la hora en que la poesía reprende las costumbres generales, comprendiendo en ellas las del clero, falta á la dignidad ni al decoro, ni asoma á los lábios del vate la sonrisa de la ironia: sólo se descubre entonces en el fondo de su alma un sentimiento de amargura y de tristeza, doliéndose, como cristiano, de que por la fragilidad de los hombres, reciban estos el castigo de sus crímenes. Veamos en prueba de esta verdad, cómo se expresa el autor del *Libro de Alexandre*, al censurar las costumbres de su tiempo:

- 1661 Se los que son ministros de los sanctos altares,
Serviessen cada uno dignamiente sos logares,
Non serian tan crueles los princepes cabdales,
Nen veriamos los otros atantos de pesares.
- 1662 Somos siempre los clérigos errados é viciosos,
Los perlados maiores, ricos é poderosos,
En tomar son agudos, enno ál pegrizosos;
Por'end nos son los dios ¹ irados é sannosos.
- 1663 Ennas elecciones anda grant breconia,
Unos vienen por premia, otros por simonia:
Non demandan edat, nen sen de clerecia,
Porend no saben tener nulla derechuría.
- 1664 Cuemo non han caballeros dulda delos perlados,
Casan connas parientas, andan descaminados;
Facen malas revueltas casadas con casados...
Somos por tales cosas de Dios desasperados!...

Nótese, pues, cuán diferente es el sentimiento que se revela en estos versos, del que resalta en la poesía de los trovadores, teniendo en cuenta que el *Libro de Alexandre* se escribió antes de mediar el siglo XIII, época en que, segun observaremos oportunamente, se habia transformado ya en erudita la poesía castellana,

¹ El uso de este plural está sin duda tomado del *deos* latino, si no es que pudo servir de egemplo el hebreo אלהים.

alterándose algún tanto sus nativos caracteres. Ni en los poemas de los *Reyes Mayos*, ni en la *Vida de Sancta Maria Egipciaca*, obras absolutamente religiosas, ni en la *Crónica ó Leyenda de las Mocedades*, ni en el *Poema del Cid*, ni en los demás primitivos monumentos de nuestra literatura, se encuentra una sola frase que amancille la pureza del dogma, ni que amengüe la integridad de la creencia: por el contrario, en todas partes se muestra exaltado el sentimiento religioso, que con tan vivos colores se refleja después en las obras de Berceo, haciéndole prorumpir en el siguiente dístico, que encierra el doble dogma del pueblo castellano, tal como lo hemos considerado al trazar los orígenes del arte, que nace y se desarrolla en nuestro suelo:

Un Dios é tres personas, esta es la creencia;
Un regno, un imperio, un rey, una esencia.

La exposicion histórica de estos poemas, comprobará adelante todas nuestras observaciones. No halla por tanto la crítica semejanza alguna entre la poesía provenzal y la castellana, tratada esta cuestión filosóficamente. La primera es incrédula, escandalosa, impía, sarcástica y supersticiosa al mismo tiempo: la segunda es esencialmente religiosa, teniendo por base y norte de sus aspiraciones la fé, y llegando en su exaltacion á revestir las potestades de la tierra de tan profundo respeto, que las levanta á veces á las regiones de la idealidad y de la religion, en vez de hundirlas en el cieno de la flaqueza humana. De esta diferencia capital entre una y otra poesía, resulta naturalmente la distinta manera de considerar el amor uno y otro arte: la galanteria de los provenzales, como hemos indicado ya, sobre ser una exajeracion inverosímil del sentimiento, no se libra de la liviandad ni de la licencia: el amor de los primeros poetas castellanos, no es la pasión desenfrenada y fisiológica que todo lo atropella y amancilla: es el respeto, la adhesión profunda hácia el objeto amado, sin que enturbien deseos livianos su candidez y su pureza.

Así que, cuando se ha querido fijar en la provenzal el origen de la poesía española, [se ha perdido lastimosamente de vista el genio particular de cada literatura; error de que ha procurado apartarse, bien que no por completo, el ya mencionado M. Fau-

riel, cuando escribe: «Entre los antiguos monumentos de la »poesía castellana nada hay que pueda ser considerado como imi- »tacion, ni aun vaga, de la poesía amorosa de los trovadores. »Diríase que los nobles castellanos, graves como lo eran natural- »mente, y siempre en guerra con los mahometanos, tuvieron en »poco todas aquellas refinadas convenciones, de que los proven- »zales habian recargado el amor. Cualquiera que sea la causa, »ya el carácter nacional, ya las circunstancias especiales de su »estado social y político, no se inclinó entre ellos la caballeria á »la galanteria sistemática del mediodia de Francia. Continuó »siendo lo que habia sido al principio; religiosa y guerrera»¹. Estas observaciones, que no vacilamos en calificar de exactas, y que no pueden ser sospechosas para los partidarios de la omnimoda influencia provenzal, justifican nuestros estudios y prueban que, planteada una vez la cuestión en el terreno de la filosofía, no es fácil seguir la vulgar opinion, sin correr plaza de interesados y parciales.

IV.

Veamos si en la cuestión de forma, es decir, respecto de las relaciones artísticas de una y otra poesía, se ha procedido con mayor acuerdo.—Cualquiera que haya examinado con madurez los primitivos monumentos del arte provenzal y los del castellano, comprenderá fácilmente cuánto se aventuró don Leandro Fernandez Moratin, cuando al determinar los orígenes de la poesía española, asentaba: «Los trovadores de Castilla escribieron en su propia lengua, imitando á los provenzales y adoptando la medida y »colocacion de sus versos»². Sin duda no quiso aludir á los primeros tiempos de la poesía castellana, pues que pocas líneas antes habia reconocido en esta una edad anterior á la imitacion provenzal, edad en que tuvo aquella por norte y modelo el arte latino eclesiástico. Pero formulada semejante aseveracion en términos tan absolutos, ha bastado para fomentar la vulgar creen-

¹ *Hist. de la poes. provenç.*, tomo I, cap. II.

² *Orígenes del Teatro Español*, nota 6.